

EL TRAFICANTE DE RECUERDOS

Era una mañana fría como muchas otras habían pasado. El sol comenzaba a nacer por entre el cielo sonrosado de un amanecer cualquiera. Los edificios resplandecían presa de la luz que despertaba al mundo y el silencio de la noche convertíase en pocos instantes en el ruidoso levantar de mi ciudad.

Los primeros coches desfilaban ya por las calles, llenas de empresarios de chaqueta y maletín a juego, de esos que tanto se llevan ahora. Ya empezaban las carreras, el ir y venir de la gente, los atascos, las prisas ...

Todo eso que yo tanto odiaba y de lo que me mantuve siempre alejada. Yo no me sentía parte de ese mundo, por eso nunca viví en él. Pero aun así lo que yo realmente temía era que esa peste con la que se había infectado la humanidad me atrapara a mí también.

Quizás por eso me levantaba siempre cuando aún las sombras inundaban la noche y la luna, majestuosa, reinaba en lo alto de su oscuro manto.

Cuando era niña, me gustaba pensar que yo era como una pequeña estrella a la que ella, la luna, quería y cuidaba.

Me obsesionaba tanto con esta idea que incluso podía sentir como me mecía en lo alto y me cantaba. Allí, en ese momento, era donde únicamente me sentía feliz y protegida. Y quien sabe, quizás por eso pude verlo, no lo sé, pero el caso es que fue así, en un día como ese, la primera vez que lo vi.

Allí, al fondo de la ciudad donde los edificios se pierden, en la lejanía de las verdes montañas, perfilándose entre las nevadas nubes que como una sombra iban cabalgando sobre el más veloz y temido de cuantos caballos hayan existido nunca.

Corre deprisa pues su hora finaliza, se retiran con él las sombras de la noche a la espera de la próxima batalla. Y las tinieblas dejan paso a los colores del nuevo crepúsculo naciente.

Sí, vi al Traficante de Recuerdos, esa enigmática figura que vi por primera vez cuando sólo contaba dieciseis años y por última, el amanecer de mi ochenta y siete cumpleaños, cuando la muerte me vino a sorprender.

Aquel día, su mirada me arrebató la vida, lo sé porque la sentí salir de mi cuerpo y flotar en el aire hasta perderse ... sé que podía haberlo evitado, podía haberme retirado de la ventana, dejando que la cortina tapara su imagen lejana, podía haber cogido la mochila y haber bajado a desayunar como hacía a diario, para luego dirigirme al colegio camuflándome en la monotonía de mi ciudad; pero en vez de eso, mantuve mi mirada firme en la suya e intenté alargar aquel momento cuanto pude, sin saber entonces, que estaba entregando mi destino, sentenciando la esclavitud de mi alma ... Y maldita de mí, que aquel día, a la vez que comprendí que lo vería sólo dos segundos cada amanecer cabalgando a lo lejos, al amparo de la noche; me

enamoré, como quien dice, de aquel ser distante y frío, cálido y cercano. Y no sé cómo ni por qué a partir de ese momento mi vida se resumió en esperar su llegada, nunca volví a salir de esa habitación, ni ha despegarme de esa ventana, a través de la cual un día sus ojos se toparon con los míos atrapándome.

No puedo explicar cómo pero eso me bastó para encontrar la felicidad y sentirme llena durante toda mi vida

El tiempo parecía detenerse cuando él no estaba, parecía como si el sentido y el motivo de mi existencia fuera sólo ese, esperarlo.

Pasados unos minutos, una suave brisa separó nuestras miradas y en lo que dura un pestañeo, desapareció.

Una voz desde el pasillo gritó mi nombre, pero no reaccioné, como tampoco lo hice cuando aporrearon durante horas la puerta de mi habitación, ni cuando dejaron de hacerlo, ni cuando el llanto desesperado de mi madre sonó al otro lado de la pared.

Y aún frente a la ventana, con la mente en blanco, vi caer el sol en un atardecer grisáceo; colmarse el cielo de estrellas y llorar a la luna.

Los lamentos en mi casa continuaron durante meses e incluso años, y los intentos por abrir la puerta de mi cuarto, junto al paso del tiempo, acabaron por deteriorarla y envejecerla.

Pero de eso yo no me daba cuenta, todo lo que ocurría fuera parecía ajeno a mí, porque aunque yo era consciente de lo que estaba pasando, no me importaba ...

Pasadas las primeras veinticuatro horas junto a la ventana, me dirigí hacia la cómoda, me senté en el taburete que había junto a ella y contemplé mi rostro en el espejo. Pude contemplar con claridad, pese a la penumbra que envolvía mi cuarto, como la mancha con forma de luna que me marcaba la frente desde mi nacimiento, era ahora más brillante y blanca que nunca.

Y allí, prisionera de mi alma, encerrada entre esas cuatro paredes que no me retenían, libre como el viento, pero incapaz de mover un solo dedo, asomada a esa ventana, con la ambición y el nerviosismo de quien cuenta una historia y carece de tiempo, soñaba cada noche, cada día con un capítulo suyo, con un pasaje del mundo; pues yo no era dueña de mi cuerpo ni él del suyo. Ni las estrellas ni el mar eran conscientes de lo que allí pasaba, éramos sólo figuritas, utensilios de una historia, de una historia que sola se escribía.

Y miedo me da, y miedo me daba, y el tiempo corre y la historia sigue y sigue ... y no hay razón para pararla...

Shalif Malecum no era humano, si en un remoto pasado lo había sido e incluso había sido feliz; pero eso él no lo recordaba, no sabía nada de lo que había sido o hecho, ni siquiera quien era ahora o que hacía; por eso digo que no era humano porque alguien que no recuerda nada, que no tiene pasado ni futuro; que vive el presente sin saber que lo vive porque no es capaz de retener un solo recuerdo, de recordar un solo instante, alguien a quien la

vida se le escapa como agua entre las manos y no lo percibe, alguien que no tiene ningún concepto sobre el tiempo o el espacio, ese alguien no existe.

Shalif Malecum o el Traficante de Recuerdos, como era conocido entre las "gentes" del Jamblá, salía cada anochecer y recorría la ciudad en busca de recuerdos, recuerdos que ya, porque fueran demasiado alegres o demasiado tristes, la persona que los tenía no era capaz de soportarlos. Su trabajo consistía en recoger ese recuerdo que tanto atormentaba a la persona y cambiarlo por otro con el que pudiera vivir, siempre respetando la norma de que si recogía uno alegre había que dejar otro de las mismas características, es decir también alegre y si recogía uno triste, debía dejar uno triste, con la idea de aliviar el peso existencial de la persona, pero sin romper su equilibrio interno entre la felicidad y la tristeza, entre lo bueno y lo malo. Una vez hecho el cambio, debía encontrar a la persona adecuada para cargar con dicho recuerdo y que a la vez no soportara otro por el cual lo cambiaría ; pero de eso los humanos no se daban cuenta pues Shalif salía cuando la ciudad dormía y desaparecía con el despertar de ésta. Las personas se levantaban a la mañana siguiente a los cambios, más aliviadas y seguras, sin darse cuenta que sus recuerdos ya no eran los mismos que los del día anterior y segían su vida como si tal cosa. Mientras Shalif Malecum recorría el mundo buscando dueño a lo que ellos más temían.

El Jamblá era como una especie de bazar o zoco donde se apretujaban pequeños puestecillos de plateada madera entre los cuales podía encontrarse cualquier cosa que se pudiera imaginar, desde trozos de nube, minutos de lluvia ... hasta libros sin principio ni fin ... Por sus estrechísimas calles caían como colgados en la nada cientos de velos de seda de todos los colores existentes y aun de otros que no existían. En aquel lugar nunca anochecía, ni amanecía, un cielo anaranjado y un sol a media altura provocaban, al filtrarse entre las telas de seda, una luz y un ambiente indescritibles, dorados ...

Las "gentes" que por allí paseaban eran personas extrañas, aunque estoy segura que de haber estado en pleno centro de una ciudad cualquiera hubieran pasado desapercibidas.

La cúpula que cerraba todo aquel lugar de ensueño estaba situada sobre altísimas paredes del color de la arena del desierto en cuya superficie se entrelazaban formando dibujos y símbolos, para mi desconocidos, líneas de un intenso color rojizo.

A este lugar tan maravilloso acudía Shalif a cambiar por otros aquellos recuerdos que por ser demasiado fuertes no les había conseguido dueño entre las personas normales de la ciudad.

Todo eso fue lo que conocí en esa noche en la que Shalif me atrapó. Noche en la que comenzaron mis sueños, su historia. Esa fue la primera de una serie de noches, que resultaron ser tan largas como una vida, como mi

vida, en las cuales aprendí a amarlo, a comprenderlo ... esas noches sentía un miedo y una ternura que hasta entonces no había experimentado nunca.

Me despertaba siempre al amanecer justo para verlo a través de mi ventana pasar como un rayo y creía que lo sabía todo sobre él, pero entonces lo veía allí a lo lejos entre las montañas y sentía que no lo conocía, que en realidad no tenía ni idea de cómo era o de qué pensaba. Sentía que no me pertenecía a mí como yo le pertenecía a él. Cuando su figura se perdía entre el cielo y la tierra yo permanecía en mi cuarto esperando, esperando a la noche, esperando a los sueños, esperando al tiempo.

Él mientras volvía a su vida de ciudad donde cambiaba el caballo y el turbante por el traje y el maletín y el Jamblá por la oficina pero de eso no se daba cuenta, olvidaba todo lo que había hecho o dicho, no tenía amigos ni hijos ni estaba casado; pues no podía, estaba solo, pero no lo sabía, traficaba con aquello que no poseía, ofrecía aquello que él nunca tendría, recuerdos ... Era un cuerpo vacío, una mente sin alma.

Y así pasaron muchas noches, muchos días, muchos años ... Hasta ese, ese amanecer con el que termina este relato.

Shalif Malecum iba triste ..., quizás había sido la noche más dura desde que fuera el Traficante de Recuerdos. Sus profundos ojos negros todavía estaban mojados después de una terrible noche de luto y entierro, porque aunque no recordara, aunque no tuviera el más mínimo recuerdo de nada, le dolía cada recuerdo que manejaba como hijo suyo y en cierto modo era lógico este sentimiento porque eran su vida.

Shalif Malecum ese amanecer lloró, lloró amargamente como nunca pensó que podría hacer pues había muerto un recuerdo, sí, lo había perdido, había visto como desaparecía en la nada sin que pudiera evitarlo.

Lloró, lloró sin saber que aquel recuerdo por el que lloraba era suyo, que era ese el culpable de que él se convirtiera en lo que era. Era el recuerdo por el que un día, cuando era niño, había rezado y deseado el olvido, era aquel que tanto le había atormentado y le había hecho sufrir. Era el recuerdo de la masacre que vivió su aldea, de la tortura y muerte de su madre, de la que sólo él fue el responsable a pesar de tener tan solo seis años. Fue el único superviviente de la matanza de los " Diablos enmascarados"

Todo esto vi al observarlo a través de la ventana pero ese día fue, sin duda, diferente, lloré con él y estaba llorando cuando una luz blanca cruzó la puerta de mi habitación iluminándolo todo y no sentí nada, la puerta se abrió dejándome salir al fin y yo, como ida, aparté la vista de él, me giré dando la espalda a la ventana y crucé la puerta dejando atrás mi vida. Abandonando mi mundo bajé los escalones de la planta de arriba de mi casa, recorrí el salón, la salita y la cocina esperando ver a mis padres y a mi hermano, a quienes recordaba ahora; pero todo estaba vacío y oscuro, las paredes estaban rajadas y las puertas rotas , en ese momento me di cuenta, fui

consciente de lo que había perdido, de todas las cosas que no había hecho ... quise retroceder en el tiempo pero no pude.

Entonces abrí la puerta y salí a la calle. Una oleada de sensaciones invadió mi cuerpo, se sobrecargaron mis sentidos parados durante años. No recordaba el olor del mundo, la brisa del viento en la cara, el ajetreo de los coches, los ruidos, las personas, quería unirme a todo aquello y recuperar lo que había perdido pero cuando me dispuse a cruzar la puerta mis pies se separaron del suelo y vi el reflejo de una paloma sobre el cristal de la puerta, era mi reflejo y comprendí que había muerto, que mi hora había pasado. Me alcé al cielo entre las nubes y volé al lado de Shalif Malecum.

Mi muerte había llegado con la pérdida de aquel recuerdo al que permanecí unida, no era Shalif quien me atrapó, quien me encarceló; sino su recuerdo, recuerdo que él no sabía que tenía ... y que era tan triste y horrible que el Traficante de Recuerdos no pudo encontrar a nadie, ni en la ciudad ni en Jamblá, que pudiera soportarlo. Por eso había desaparecido, al fin, de la faz de la tierra.

Me mantuve volando al lado de Shalif hasta que éste se perdió en el horizonte, di media vuelta y volé hacia las estrellas con la sensación de que para él nunca había existido.

Pero allí al filo de la montaña Shalif frenó, paró su caballo , giró y mientras dos suaves lágrimas brotaban de sus ojos y recorrían su cara contempló como convertida en paloma volaba libre al fin hasta un lugar donde nadie, ni siquiera él, sabía donde estaba.

Se marchó dejando aquello que tanto añoraba, aquello que tanta falta le hacía, un recuerdo, el recuerdo de aquella ventana que tanto los unió, el recuerdo de aquella mirada que tanto les enseñó ... ella le devolvió la vida que siempre creyó perdida, le dio un presente y le libró de un pasado maldito, de un infierno continuo ... le abrió sus ojos, hasta entonces cerrados y despegó sus labios hasta entonces sellados y sólo allí , al roce de las nubes llegó el murmullo de un agradecimiento eterno, de un te quiero ... Eco que hizo vibrar al cielo y estremecerse a las montañas, eco que aun hoy se recuerda en las tardes lluviosas y en las noches negras.

Sharif emprendió de nuevo el galope y siguió de nuevo su destino pero esta vez algo había cambiado, sentía lo que hacía, sabía que la recordaba a ella ... sólo a ella ... siempre a ella ...

ANA I. FORTES PONCE.
13 AÑOS, HUELVA